

争花嫁 (*sensō hanayome*) / “Japanese war brides”

Orientalism itself, furthermore, was an exclusively male domain like so many professional guilds with sexist blinders. This is especially evident in the writing of travelers and novelists: women are usually the creatures of a male power-fantasy. They express unlimited sensuality, they are more or less stupid, and above all they are willing.

Edward Said¹

1. Introducción

Cuando el 15 de agosto de 1945 el Emperador Hirohito leyó por radio su alocución informando al pueblo sobre los términos de la rendición del estado japonés y su aceptación de la Declaración de Postdam, se abrió un nuevo tiempo en las relaciones entre Estados Unidos y Japón. Pero el establecimiento de ese vínculo se producía de una forma anómala, condicionado por los intereses geoestratégicos de Estados Unidos y por la consiguiente ocupación del territorio y el tutelaje de las instituciones japonesas por parte de los mismos Estados Unidos y de las fuerzas aliadas² entre los años 1945 y 1952³. El desplazamiento de Japón de enemigo a aliado en el imaginario estadounidense requería de un enfoque político y social complementados con un reflejo mediático que favoreciera que una nueva serie de imágenes icónicas sustituyera a aquellas que dominaron los discursos durante la Segunda Guerra Mundial. Con esos mimbres el objeto de estudio de este texto reside en un acercamiento a la figura de la mujer japonesa como nuevo centro de la iconografía construida por Occidente sobre Japón, fijando la atención especialmente en las *sensō hanayome / Japanese war brides*. Tanto para observar desde su condición la excepcionalidad de sus vivencias y en qué grado esas pudieron estar coartadas desde diferentes ámbitos, pero también para discernir si pudieron ser, o no, instrumentalizadas con objetivos políticos.

1 (Said, 1978:207).

2 Aunque la ocupación del país no fue nominalmente estadounidense, sino que se hizo en nombre de los poderes aliados. Para ello se estableció la Comisión del Lejano Oriente, un conglomerado de 11 países entre los que también se encontraban Gran Bretaña, Rusia o China, para supervisar el Consejo Aliado para Japón, con capacidad para influir en cuestiones políticas o económicas. No obstante, la influencia de Estados Unidos y del General Douglas MacArthur como Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas fue total.

3 Período que se alargó hasta 1972 en el caso de las islas más al sur del archipiélago japonés, las Ryukyu.

Sergi López Fuentes

Graduado en Estudios de Asia Oriental, Universitat Autònoma de Barcelona; cursando Máster en Internacionalización: aspectos económicos, empresariales y jurídico-políticos, Universitat de Barcelona.

Interesado en el estudio de las relaciones internacionales, la configuración y dinámica de la comunidad internacional y las relaciones de poder; en los ámbitos políticos e institucionales, así como en los económicos y comerciales; y con particular atención al papel que desempeña China en la realidad actual.

2. Interrelación entre el dominio sexual y el dominio político: sobre la construcción icónica de Japón

A lo largo de la historia las mujeres se han convertido en uno de los primeros elementos de dominio posbélico y, por tanto, en eficaz herramienta para subyugar al enemigo. La instrumentalización de las mujeres durante las guerras «moves beyond the male co-option or fertilization of alien women into insult and genital mutilation» como expresión de «destructive male violence aimed at the body or society in its sexual aspect: directed against the sexual organs or in ways that have evident sexual connotations to victims, the men involved and others» (Littlewood, 1997: 9). Esa dimensión simbólica, pero también la pragmática, ha comportado que las violaciones de mujeres por tropas enemigas hayan sido frecuentes en los conflictos bélicos alrededor del mundo y durante toda la historia⁴. La interrelación de esos dos niveles supone que «collective sexual violence is only the frankest expression of men's power over women: sexual only in that the genitals are the emblems of the politics of gender», es decir, que el sometimiento sexual de las mujeres del enemigo es «primarily a question of political power». (Littlewood, 1997: 9). No obstante ese esquema se ve desdibujado en la ocupación que tuvo lugar en Japón a partir de 1945, donde se observan unas características singulares que atenúan esas dos dimensiones. En el nivel puramente terrenal porque el gobierno japonés, temeroso del comportamiento de los soldados norteamericanos, puso en marcha un sistema de burdeles similar al que institucionalizó en los territorios colonizados durante la guerra, buscando proteger «the pure bloodline of the Yamato race»⁵ mediante el *sacrificio* de mujeres reclutadas a tal efecto (Shibusawa, 2006: 39). La función de esas “patriotutas”⁶ comportó que «these women's bodies and sexual labor were euphemistically defined as “female breakwaters” for their role in blocking the sexual desires of occupation troops before they reached “respectable” Japanese women» (Mizumura, 2009: 57).

Pero también en el aspecto simbólico, en el que la ocupación de Japón enfrentaba a Estados Unidos a una contradicción: en el proceso de atracción del país asiático al bando capitalista en un Mundo que se polarizaba, en lugar de poseer y someter se debía seducir. Con esa finalidad se debía huir de los discursos racistas predominantes durante el conflicto bélico y que habían restaurado las tesis del “yellow peril” de finales del siglo XIX, ya no esencializado en la amenaza china sino en la japonesa. Como aquellos de los que se hizo eco la cultura popular tras el ataque a Pearl Harbour cuando «“cartoonists, songwriters, filmmakers, war correspondents, and the mass media in general all seized on” [...] racist images of a ferocious, subhuman enemy with whom there could be no compromise», que comportó que «in newspapers, comic books and cartoons, the Japanese villain —buck-toothed, slant eyed and bespectacled— was everywhere»⁷ (MacDougall 1999: 61).

4 Sin ir más lejos, y aprovechando el paralelismo de la situación de Japón con la de Alemania tras el final de la 2aGM, autores como Antony Beevor hablan de hasta 2 millones de mujeres alemanas violadas durante la incursión de las tropas aliadas en Alemania, especialmente por parte del Ejército Rojo ruso (*The Guardian*, 1 de mayo de 2001).

5 Palabras de Ikeda Hayato, quien posteriormente sería Primer Ministro de Japón.

6 Concepto de Marilyn E. Hegarty del que hace uso Mizumura y que se refiere a las mujeres que prestaron sus servicios sexuales a los soldados como forma de patriotismo.

7 Ese ambiente anti-japonés vivió su cénit cuando en 1942 el Presidente Franklin D. Roosevelt aprobó el traslado y posterior encarcelamiento de más de 100.000 ciudadanos americanos de origen nipón (MacDougall, 1999: 63).

Como el fin de la guerra dio pie a una nueva narrativa política global marcada por nuevas alianzas, se abría una etapa en la que en consecuencia esa imagen se debía redibujar. Si la imposición militar definitiva de Estados Unidos sobre Japón y el posterior procesamiento y condena de los máximos dirigentes políticos y militares del país⁹ pueden pensarse como la anulación metafórica de la masculinidad de Japón, la nueva fase urgía de establecer un nuevo esquema conceptual que pivotara en la dirección contraria. Así, y al contrario del argumento de Littlewood que asegura que en la instrumentalización bélica de las mujeres es necesaria

the simultaneous elevation of 'our' women in opposition to the degradation of theirs to dehumanized sexual objects, carried out and made real to men and women alike through charged national emblems of violation, rapine, arousal, assault, surrender, protection, penetration and the like (1997:11)

En lugar de rebajar a la mujer del país ocupado se debía empoderar su imagen como forma de construir ese nuevo esquema. Para ello se debía desplazar la anterior representación de los japoneses, personificada en los soldados como máximos exponentes de una actitud traidora y salvaje, hacia otras figuras que simbolizaran los nuevos valores que se pretendían promover para el país. Las buenas relaciones que las fuerzas ocupantes establecieron sobre el terreno con los niños, a los que regalaban comida o caramelos, y las mujeres japonesas, en sus roles como trabajadoras al servicio de la fuerza ocupante, fueron los mimbres que aprovecharon las autoridades, la prensa y la cultura popular de Estados Unidos para construir esa nueva imagen. Ese trato cordial entre ambas partes facilitó el proceso de acercamiento y la estrategia del Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas, que «promoted a traditional view of women's and children's dependence and helplessness and called for Occupation forces to bestow strong, manly protection, intervention, and guidance» (Shibusawa, 2006: 19). De esa forma Japón se convertía al mismo tiempo en un país infantil, que necesitaba de la guía y el consejo de Estados Unidos, y en un país feminizado, servil y fiel a los intereses del invasor.

En consecuencia, y con el objetivo de facilitar el necesario impulso de la mujer en la sociedad, se incluyeron en la Constitución Japonesa¹⁰ de 1947 dos epígrafes de marcado carácter progresista en aquellos años. El Artículo 14 dejaba claro que «todos los ciudadanos son iguales ante la ley y no existirá discriminación política, económica o social por razones de raza, credo, sexo, condición

8 Consultable en <http://content.time.com/time/covers/0,16641,19411222,00.html>.

9 El Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente encausó y condenó, en penas que en la mayoría de casos fueron a perpetuidad o a muerte, a un gran número de ministros, altos cargos militares, embajadores o gobernadores, entre los que destacó el Primer Ministro Hideki Tōjō como cabeza más visible. Pero de la misma manera las responsabilidades del Emperador Hirohito se vieron diluidas, a mayor provecho de la fuerza ocupante. Aunque, siguiendo en ese mundo de lo simbólico, al ser el medio por el que se hizo pública la rendición su figura también perdía la fuerza y la autoridad que hasta entonces había detentado.

10 Consultable en castellano en www.cu.emb-japan.go.jp/es/docs/constitucion_japon.pdf.



Portada de la revista TIME del 22 de diciembre de 1941 en la que se puede ver al Almirante Yamamoto Isoroku, ideólogo del ataque a Pearl Harbour, como representación explícita del “Yellow peril”⁸

social o linaje»¹¹, mientras que el 24 convenía que «las leyes que se dicten relativas a la elección del cónyuge, derechos de propiedad, herencia, elección de domicilio, divorcio y otros asuntos referentes al matrimonio o a la familia, tendrán en cuenta primordialmente la dignidad individual y la igualdad esencial de derechos de ambos sexos»¹². Pero aunque la intervención aliada en la política y las leyes de Japón buscaba atribuir un nuevo rol a la mujer en la sociedad japonesa, «the Americans did not put forward a radical feminist agenda; rather, “they accepted the idea that woman’s primary role in adult life is to be wife and mother, but believed that married women simultaneously could and should play other roles as well, such as citizen, worker, and participant in civic and social groups”» (Pharr vía McLelland, 2010: 517).

Sin embargo, ese proceso no sólo se hizo mediante prerrogativas legales, sino que el imaginario orientalista también permeó en los medios y la “cultura material” norteamericana para afianzar esa representación del nuevo Japón. Surgieron libros, guías de viajes, series de postales o juguetes, como las “Jap dolls”, unas muñecas que se hicieron muy populares entre las mujeres norteamericanas a modo de elemento decorativo y que también encontraron un espacio en prensa o revistas, comportando que «the ubiquity of “Jap dolls” inspired westerners to objectify actual Japanese as “dolls”»¹³ (Shibusawa, 2006: 23). Entre los soldados se hizo habitual comprar todo tipo de objetos que representaran las imágenes prototípicas habituales como

“cheap white silk kimonos embroidered with flamboyant dragons and flowers... white silk scarves, handkerchiefs, pajamas, and doilies similarly embroidered or brightly painted with pictures of Fuji-yama, geisha girls, cherry blossoms, and torii gates,” as well as other products made, once again, for “foreign consumption”» (Shibusawa, 2006: 16)

Lo que además comportó la extensión y la comercialización internacional de esos conceptos/objetos. De ese modo las mujeres japonesas fueron al mismo tiempo empoderadas dentro de la sociedad japonesa mediante el equiparamiento de derechos, pero también resultaron sexualizadas y objetualizadas a ojos del mundo, convirtiéndose en común objeto de consumo y de deseo.



La actriz Shirley MaLaine, una de las más populares del momento, caracterizada como *geisha* en la portada de la revista LIFE del 17 de febrero de 1961

11 «すべて国民は、法の下に平等であつて、人種、信条、性別、社会的身分又は門地により、政治的、経済的又は社会的関係において、差別されない。」 [www.ndl.go.jp/constitution/etc/j01.html].

12 «配偶者の選択、財産権、相続、住居の選定、離婚並びに婚姻及び家族に関するその他の事項に関しては、法律は、個人の尊厳と両性の本質的平等に立脚して、制定されなければならない。」 [www.ndl.go.jp/constitution/etc/j01.html].

13 Como apunta Shibusawa, esa objetificación se observa claramente en la novela *Madame Chrysanthème* (1887) de Pierre Loti, obra que inspiró la ópera *Madame Butterfly*, y donde su autor «frequently describes the Japanese bride as a “doll”, a real-life version of “one of the figures of porcelain or silk that fill up our market stalls at the moment”» (2006: 23).

3. “War brides”: la posesión del icono

Esa doble conceptualización se evidenció claramente en la forma en que los tropas extranjeras se relacionaron con las mujeres japonesas. Como se ha mencionado anteriormente las incursiones sexuales de los soldados en los servicios de pago fueron notables, llegando a suponer que la mitad de los 185 millones de dólares que gastaron las tropas de ocupación en territorio japonés fueron a parar a esos servicios (Shibusawa, 2006: 38). Como recoge Mizumura en su exhaustivo trabajo, los soldados tenían un amplio abanico de servicios a su alcance, ya fuera la red de burdeles estatales o, como consecuencia de su posterior cierre, las *panpan*, o prostitutas callejeras; o también las *only-san*, mujeres que mantenían relaciones cuasi-maritales mientras los soldados permanecían en territorio japonés; o las mujeres que trabajaban en *mizushōbai*, industria del entretenimiento nocturno no necesariamente sexual. Pero también fueron muchos los casos de relaciones sentimentales no pecuniarias. Aunque muchas de esas relaciones nacieron del uso de formas de entretenimiento y de servicios sexuales, también surgieron otras desde el contacto puramente laboral en profesiones auxiliares en instalaciones militares u hogares de soldados. No obstante, y dada la excepcionalidad de la situación en la que surgieron esas uniones, despertaron recelos en variados ámbitos, en una situación que se cebó especialmente con la mitad más vulnerable de esas pareja. Así, las mujeres debieron vivir esas relaciones fuertemente influidas y condicionadas por diferentes factores:

3.1. Jerarquización

Por definición es difícil pensar que se tratara de relaciones horizontales entre iguales, puesto que desde sus inicios había un claro sesgo jerárquico. Como se ha apuntado, los primeros contactos se producían porque las mujeres ejercían de *panpan*, de *only-san* o de personal asalariado para las fuerzas de ocupación. En todos esos casos había prefijada una subordinación trabajadora-cliente, que se debía sumar a otras más generales como la de ocupada-ocupante o vencida-vencedor. En otras palabras, esas mujeres se relacionaban sentimentalmente con unas parejas que eran la personificación terrena del empleador, el vencedor y el ocupante¹⁴. Sin ir más lejos el propio nombre con el que se las dio a conocer ya fijaba esa distinción respecto a sus maridos: *sensō hanayome/war bride*, esto es, son conceptualizadas en su condición de esposas y por su implicación en una guerra en la que su país resultó derrotado, y no desde cualquier otra cualidad o rol. Asimismo, la derrota total y la rendición a la que se sometió Japón podía llevar adherida una pátina de fracaso como país y como civilización. Frente a eso se erigía su antítesis, Estados Unidos, que se presentaba «as a symbol of power, affluence, democracy and modern civilization that should influence Japanese values, lifestyles and social institutions» (Mizumura, 2009: 92 y 93), un estilo de vida norteamericano que esas mujeres veían de primera mano en sus lugares de trabajo.

Pero también resulta hasta cierto punto paradójico como esa jerarquización pudo ser aprovechada e instrumentalizada por algunas de esas mujeres. Tal y como extrae Mizumura de algunos de los testimonios de su trabajo, las razones de muchas de ellas para casarse con soldados norteamericanos fueron puramente pragmáticas. Las *panpan* o las *only-san* veían esas uniones como salidas a una situación personal precaria, mientras que las profesionales reclutadas para actividades de apoyo se veían seducidas por el “American way of life” que vivían en su jornada laboral. Una de ellas era explícita cuando aseguraba que: «I married him not because I loved him. I decided to marry him because I wanted to see America... I told him so» (2009: 74).

14 Y sin olvidar el peso psicológico de que eran los representantes del ejército que había bombardeado de forma cruenta las ciudades japonesas y que había lanzado las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki.

3.2. Consideración en Japón

Desde que se inició la ocupación del territorio japonés fueron muchas las voces que se alzaron como *garantes* de la pureza de las mujeres del país. En ese sentido uno de los diarios más importantes de Japón, el *Asahi Shinbun*, publicaba un artículo con instrucciones claras sobre cómo comportarse en el contacto con las tropas de ocupación en el que «women were warned “not to lose pride as ‘Japanese women’ and always stay on the alert”» (Mizumura, 2009: 52). De esa manera cuando contradecían esos códigos de buena conducta recibían la atención mediática y eran «portrayed as “shameful”, because they were “overly made-up”, “chewed gum,” and “had men’s arms around their waists”» (Yasutomi y Stout, 2005: 24 vía Ayaka, 2004: 29). Como resultado se sintetizó la idea de que cualquier mujer japonesa que se relacionara con un militar estadounidense lo hacía en calidad de *panpan*, idea que llevaba incorporada a su vez la estigmatización social. Ese hecho además se agravaba porque las muestras públicas de afecto eran especialmente humillantes para los hombres japoneses, cuyo orgullo «was severely damaged not merely due to their loss of militarized masculinity, but especially to Japanese women’s “betrayal”» (Mizumura, 2009: 65). Monitorizadas sus vidas y etiquetadas por la sociedad como *panpan*, muchas de ellas interiorizaban un sentimiento de culpa por el que se veían impelidas a ocultar esos encuentros. De la misma manera el ámbito doméstico no escapaba a ese estricto escrutinio, ya que víctimas de esa reputación social, eran presionadas para abandonar esas relaciones. Como atestiguaba el hijo del primero de esos matrimonios que se instaló en territorio estadounidense, las familias no mostraban normalmente mayor receptividad frente a esos idilios y por ello, cuando la familia de su madre tuvo conocimiento sobre esa relación, «told her she was making a mistake, marrying one of the enemy» (Nakao, *Of The Examiner Staff*, 2 de junio del 2000).

Pero el ambiente adverso en Japón no era un dominio exclusivo de sus familias y de la sociedad japonesa pues la autoridad castrense condicionaba igualmente esas relaciones tanto burocráticamente, con trámites farragosos o trasladando a otros destinos a los hombres que aspiraban a esos matrimonios, como con órdenes más o menos explícitas, negando permisos a los soldados para confirmar esas uniones o poniendo en circulación panfletos que las desalentaban y cantaban alabanzas de la mujer norteamericana. Esas autoridades no prohibían explícitamente las relaciones pero sí entendían que se debían circunscribir a un momento y un ámbito geográfico concreto, sin trascender ni la trivialidad ni las fronteras japonesas¹⁵. Esa situación cambió en paralelo a los acontecimientos geopolíticos, cuando a finales de 1949 se levantaron esas trabas después de que

U.S. policymakers, realizing Japan’s growing importance as an ally in the Cold War and a model of capitalism in East Asia, instituted a “pro-fraternization” edict during the same month when the world discovered the Soviets possessed nuclear capability and a couple of weeks before the Communists triumphed in China (Shibusawa, 2006: 40).

3.3. Recepción en Estados Unidos

En el continuum vital esperable muchas de las parejas que surgieron en esos años acabaron emigrando a Estados Unidos. Como apuntan Crawford *et al.* en *Japanese War Brides in America: An oral history*, entre 1946 y 1965 hasta 50.000 mujeres japonesas se casaron con soldados con los que posteriormente se instalaron en EE.UU. (2010: 3). Teniendo en cuenta ese aspecto añadido

¹⁵ Asimismo, esa presión motivó que tan solo se reclamara la responsabilidad de un 39% de los embarazos que se produjeron en esos años (Shibusawa, 2006: 41).

a la complejidad de sus vivencias, en primer lugar no se puede obviar la dificultad misma de la experiencia migratoria, sobre todo cuando esos traslados masivos fueron diferentes en su forma a otros flujos migratorios. Al estar ligados a matrimonios con ciudadanos norteamericanos en muchos casos no comportaron el establecimiento de redes familiares o comunitarias con otros compatriotas también emigrados, sino que simplemente fue el trasplante de una persona de un lugar a otro. Esa particularidad suponía un obstáculo en el mantenimiento de las costumbres y la cultura propios, así como en el establecimiento de lazos que permitieran una síntesis entre su cultura nativa y la adquisición de los nuevos hábitos y costumbres norteamericanos. Ahora bien, en los casos en los que sí establecieron contactos con las comunidades *Nikkei* de EE.UU. lo hicieron envueltas en las suspicacias y constreñidas por su condición de *sensō hanayome*. Pero también se debe atender a razones de índole administrativa y legal. En 1945 el Congreso de Estados Unidos aprobó la “Public Law 271”, o “War Brides Act”, por la que se permitía el establecimiento en EE.UU. de los matrimonios entre soldados y mujeres de otros países, para lo que se admitía un control más laxo en la burocracia necesaria. Con todo, a diferencia de otras uniones surgidas en la gestión posbélica europea, las mujeres asiáticas, y las japonesas en especial, vieron como esa “War Brides Act” entraba en contradicción o estaba limitada por la previa “Oriental Exclusion Act”, que desechaba, *de facto*, la entrada de inmigrantes asiáticos en el país. Las leyes migratorias promulgadas hacia finales de la década relajaron las limitaciones a la inmigración asiática, pero mantuvieron a los japoneses como «aliens ineligible for citizenship», por lo que esas mujeres «were doubly disadvantaged: they were racialized as non-Caucasian and politicized as the former enemy» (Mizumura, 2009: 86). Pero la presión al Congreso de los militares que habían contraído matrimonio con mujeres japonesas comportó la aprobación en 1947 de la “Public Law 213” o “GI Brides Act” que aprobaba temporalmente el asentamiento en Estados Unidos de esas parejas. Sin embargo no fue hasta 1952, cuando la “Immigration and Nationality Act”¹⁶ revisó la “Immigration Act of 1924” para permitir el levantamiento definitivo de las barreras a su nacionalización. Esa evolución se puede observar en las cifras: si hasta 1965 fueron 50.000 los matrimonios que se instalaron en EE.UU., entre 1945 y 1950 apenas habían sido 758¹⁷.

Por último no es menos importante mencionar como una vez asentadas en EE.UU. tuvieron que enfrentarse una vez más a una discriminación que, nuevamente, dificultaba el curso normal de esas relaciones. Esas actitudes se podían notar a nivel nacional, donde «there were 30 states, as of in 1945, which banned interracial marriage between whites and members of racial minority groups» (Weinberger, 1966 vía Mizumura, 2009: 88), pero también a nivel local, cuando se enfrentaban a sus nuevas familias y comunidades. Como se explica en un artículo de *The Japan Times* sobre un caso concreto: «when they arrived at the farm, Samuel’s family stared at Hiroko as if she came from Mars. [...] They made it clear to her that she’d better get into Western clothes. So she did, and she began her life as the wife of a chicken farmer» (Alexander, 5 de octubre de 2014). No obstante con el discurrir de los años y en el proceso de «constructing American liberal, pluralistic society in the context of the Cold War» (Ayaka, 2004: 31) el ambiente también se fue haciendo más propicio socialmente. A mediados de los años 1950 y durante las dos décadas siguientes «Japanese war brides were accepted as “the postwar prototype of the Asian American model minority”» (Ayaka, 2004: 33), “modelo” en tanto que «domesticated exotics» (Ayaka, 2004: 36). En definitiva, esas *war brides* se enfrentaron a un doble discurso, al mismo tiempo sexista y racista, dependiendo del país: «were typically condemned as prostitutes by their own communities and shunned as

16 Consultable en www.gpo.gov/fdsys/pkg/STATUTE-66/pdf/STATUTE-66-Pg163.pdf.

17 www.uswarbrides.com/WW2warbrides/facts.html.

enemy aliens by their new neighbors in America» (Alexander, *The Japan Times*, 5 de octubre de 2014). Disparidad que también se puede observar en la diferente connotación del concepto *sensō hanayome/war bride*: «in Japan, particularly in the 1940s and 1950s, “senso hanayome” became a symbol of national “shame”», mientras que en Estados Unidos tenía connotaciones imperialistas y patriarcales en tanto que «especially around 1950s, the “Japanese war bride” became a symbol of American liberal democracy created by white male Americans» (Ayaka, 2004: 24).

4. Conclusiones

Como expone Mizumura, «influenced by Michel Foucault’s formulation of power, knowledge, and discourse, Said argues that Western knowledge about the Orient is not “innocent” or “objective,” but profoundly connected to an operation of power that processes the information to become “fact” or “truth” (2009: 5). Partiendo de ese argumento se puede entender que el desplazamiento en la mirada orientalista desde el icono negativo construido alrededor del hombre japonés como fanático y bárbaro, con la figura del *kamikaze* como máxima expresión, hacia la personificación de las virtudes del nuevo Japón que tomaron cuerpo en sus mujeres, delicadas y serviciales, con las *geishas* como figura representativa, respondió a un proceso interesado de guía para conducir a un infantil Japón a la madurez de los países occidentales. Instrumentalización que además de *emascular* y feminizar simbólicamente a Japón, infantilizaba a un país que debía ser «taught to walk, talk, think, and play all over again», ya que podía resultar «an important factor in peace, or the breeding ground of a new and terrible atomic war» (palabras del editor de *New York Herald Tribune’s* Frank Kelley recogidas por Shibusawa, 2006: 25). Pero el proyecto para Japón y por ende el que se perfiló para las mujeres japonesas no fue más que una parte de la estrategia global de Estados Unidos. Las líneas básicas de esa política fueron expuestas por George Kennan, ideólogo de la teoría del *containment*, en un artículo de prensa en el que se podía leer que Estados Unidos «must “create among the peoples of the world generally the impression of a country which knows what it wants, which is coping successfully with the problems of its internal life and with the responsibilities of World Power, and which has a spiritual vitality capable of holding its own among the major ideological currents of the time”» (Shibusawa, 2006: 89). En el caso de Japón esas maniobras pretendían rebajar la hostilidad de la población estadounidense hacia el otrora enemigo para legitimar el nuevo marco de relaciones con quien desde entonces se convertiría en aliado estratégico y, al mismo tiempo, tenían que ser el medio por el que mostrarse al mundo desde una imagen rupturista con el imperialismo de tiempos anteriores y con los antagonistas de la nueva era postbélica como forma de legitimar la búsqueda de la hegemonía y de la imposición sobre el bloque comunista. Una evolución que se puede observar claramente confrontando las dos portadas que se adjuntan más arriba: del “yellow peril” de los años 40 hasta la *geisha* como reflejo exótico/erótico de la mujer norteamericana en los 60.

A nivel práctico la presencia física de las tropas de Estados Unidos en suelo nipón configuró las nuevas relaciones entre ambos países también desde el contacto directo, en el que los soldados fueron los primeros importadores del “estilo de vida americano” y, con él, de una de las principales banderas de la sociedad estadounidense: la sacralidad absoluta de la libertad individual, de la que una de las principales expresiones es la libertad de elección y el amor libre. Como resultado de esa reubicación individual y social de la mujer manaron multitud de relaciones íntimas entre soldados y jóvenes japonesas que, a pesar de ese planteamiento liberal, resulta evidente que se establecieron desde la excepcionalidad, marcadas por una serie de fuerzas que pudieron distorsionarlas desde ambas partes: ya fueran factores psicológicos, familiares, sociales o políticos. Pero a pesar de todos los

condicionantes, muchas de esas mujeres vivieron sus relaciones desde la naturalidad, reclamando la legitimidad y la autonomía personal de sus decisiones. Kazuko Umezu Stout, una *Japanese war bride*, en su libro “Amerika ni watatta senso hanayome”¹⁸ exponía sin ambages que:

today, nearly sixty years after the war, we are speaking up with pride and telling, “we are happy”. We are shouting at our families and Japanese society “please look at us”... I would like more people to know the imprint of us, senso hanayome, who have lived our life vigorously, while being burdened with distorted, negative stereotypes, and experiencing discrimination and prejudice (Yasutomi y Stout, 2005: 1-3 vía Yoshimizu, 2004: 23).

Y no sólo eso, sino que Stout también escribía en la misma obra sobre el papel de esas mujeres como agentes en el fortalecimiento de las relaciones entre Japón y Estados Unidos, reivindicando su contribución a la hora de introducir la cultura japonesa en las comunidades locales estadounidenses, en unas aportaciones que, de hecho, promovieron el entendimiento transcultural entre ambas sociedades (Ayaka, 2004: 38).

Bibliografía

- Alexander, Lucy, “Daughters tell stories of ‘war brides’ despised back home and in the U.S.”, *The Japan Times*, 5 de octubre de 2014.
- Ayaka, Yoshimizu (2004) *Performing heteroglossia: contesting “War bride” discourses, exploring “Histories of Kokoro” with four senryu writers* (disertation). Burnaby: Simon Fraser University.
- Beevor, Antony, “They raped every German female from eight to 80”, *The Guardian*, 1 de mayo de 2002.
- Crawford, Miki; Hayashi, Katie y Suenaga, Shizuko (2010) *Japanese War Brides in America: An oral history*. Santa Barbara: Praeger.
- Herrmann, Irène y Palmieri, Daniel (2010) “Between Amazons and Sabines: a historical approach to women and war”. *International Review of the Red Cross, supl. Women*, 92 (877), pp.19-30.
- Littlewood, Roland (1997) “Military rape”. *Anthropology Today*, 13 (2), pp.7-16.
- MacDougall, Robert (1999) “Red, Brown and Yellow Perils: Images of the American enemy in the 1940s and 1950s”, *Journal of Popular Culture*, 32 (4), pp.59-75.

¹⁸ “War brides who migrated to America”.

McLelland, Mark (2010) "'Kissing is a symbol of democracy!' Dating, democracy, and romance in occupied Japan, 1945-1952", *Journal of the history of sexuality*, 19 (3), pp.508-535.

Mizumura, Ayako (2009) Reflecting [on] the orientalist gaze: a feminist analysis of Japanese-U.S. GIs intimacy in postwar Japan and contemporary Okinawa (disertation). Kansas: University of Kansas.

Nakao, Annie, "Kazue Katz blazed trail for thousands as first Japanese War Bride", *Of The Examiner Staff*, 2 de junio de 2000. [URL: www.uswarbrides.com/WW2warbrides/katz.html]

Said, Edward W. (1978) *Orientalism*. New York: Vintage Books.

Shibusawa, Naoko (2006) "Introduction", en Naoko Shibusawa, *America's geisha ally. Reimagining the Japanese enemy*. Cambridge: Harvard University Press.